

Introducción

Esta imposibilidad de reanimar absolutamente la evidencia de una presencia originaria nos remite entonces a un pasado absoluto. Esto es lo que nos autoriza a llamar huella a aquello que no se deja resumir en la simplicidad de un presente.

Jacques DERRIDA, *De la gramatología*

Este libro colectivo aparece como una disyunción y una posibilidad en un momento espacio-temporal atravesado por las urgencias. Revela una red de posiciones, enunciaciones y anhelos que buscan explorar aquellas dimensiones constitutivas de las huellas (Derrida) que provocan y conjuran memorias *outside*, invisibilizadas o recientes. Cuando reflexionamos a propósito de la invitación a este libro, fue a partir de un diálogo en el que debatíamos qué pasaba con las memorias actuales, muchas veces atrapadas en nomenclaturas, en discursos, en categorías, en espacios o cuerpos que constreñían o imposibilitaban la reactivación o reactualización del sentido que se ensaya desde un registro del presente signado por importantes luchas históricas que, como sabemos, solo cambian de nombre. En esa invitación estaba latente nuestra preocupación por darle una vuelta a la forma hegemónica en la que se ubica a la memoria e intentar provocar las heterogéneas formas que podía adquirir como proceso activo de revisión dentro de sociedades, especialmente latinoamericanas, tejidas entre desigualdades, capital, colonialidad, imágenes instrumentales, pedagogías de la diferencia y cuerpos concebidos desde el lenguaje de la dominación. O, incluso, imaginamos que esas memorias podrían evocar futuros emancipatorios que trascendieran los pasados condicionantes de su aparición, «creando pliegues en vez de grietas» (Ingold, 2007, p. 75) y posibilitando una discontinuidad o un quiebre en la linealidad de su estado de acontecimiento.

Memorias en emergencia. Voces, dispositivos y materias recupera importantes reflexiones en torno a la experiencia de distintos grupos sociales, a través de la movilización flagrante de la materia —incluida su capacidad de flujo y expansión— y a una fructífera gestación de actos, en clave local, que pretenden agenciarse otras memorias que, para nosotros, es imperativo considerar y escuchar. De alguna manera, Jacques Derrida esbozó un pensamiento brillante en el epígrafe con el que decidimos comenzar

esta introducción, dice que las huellas no caben en la simplicidad de un presente. La supervivencia del *Nachleben*, concepto que George Didi-Huberman retoma de Aby Warburg y que también es teorizado por Walter Benjamin, o la pervivencia de algo en un presente —cultural— despierta una función conciliadora con esas reminiscencias del pasado sustanciales para repensar su emergencia.

Parece que en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del actual, podemos reconocer esa activación, tan importante, en torno a las múltiples formas de abordar, comprender y habitar las memorias en distintas regiones del globo, no solo en los territorios concebidos bajo límites geográficos, identitarios o económicos, sino, y sobre todo, en aquellos que suscitan condiciones de posibilidad de las memorias que justifican un acto transterritorial y disensual que se sostiene desde diversas agendas. Si de algo estamos convencidos es que se ha deshabilitado, afortunadamente, ese debate gastado que enunciaba *la memoria* como una categoría universal —impuesta desde una hegemonía supracultural, poscapitalista y geopolítica— asentada en un uso público dominante carente de matices, pluralidades y excepcionalidades. Las perspectivas contemporáneas han visibilizado aquellas dimensiones alternativas a las convencionales insistiendo en pensar las memorias como «signos fracturados» —en palabras de Nelly Richard— o, como nosotros sugeriríamos, «signos que fracturan», es decir, como destellos que pueden articularse siendo parte de horizontes emancipadores y emergentes y, también, como aquellas memorias en tránsito, las que ya se perdieron o las que saldrán a la luz para dar batalla y tratar de quebrar el colonialismo inscrito, ya no en el espacio, sino en el tiempo futuro (Van Reyrbouck, 2022).

Cualquier proceso histórico, social, cultural, artístico o político está entreverado y atravesado por una diversa gama de significación —lo sugerimos desde la fuerza semántica de los conceptos y su materialización, no desde la intencionalidad (Bal, 2010)— en función de un espíritu del tiempo y en cuanto a su relación con la representación/intervención (Richard, 2021).

No cabe duda de que los infinitos aspectos del presente, del pasado y del futuro transitan hacia sistemas —a modo de dispositivos institucionales y funcionales— que colocan en el centro de la discusión la noción de *las memorias*, así como a su desplazamiento como punto de fuga para la emancipación de los afectos, en dirección hacia un régimen de deseos poscapitalista (Fisher, 2024).

Porque la discusión sobre las memorias no solo se ancla a los sujetos humanos, sino que traspasa límites corporales e imaginarios que nos invitan a realizar aproximaciones más complejas e inclusivas que no pueden dejar de lado la dimensión ecosistémica.

Pilar Calveiro (2006) dice que la memoria «opera como puente que, articulando dos orillas diferentes, sin embargo, las conecta. Al hacerlo nos permite, como acto central, recordar aquello que se borra del pasado, o bien se confina en él, precisamente

por sus incómodas resonancias con el presente» (Calveiro, 2006, p. 377). Como si ese puente, ese tránsito funcional y efectivo entre un punto y otro se convirtiera en un lugar de latencia para reelaborar su sentido, como una suerte de microagencia —de algo residual— del pasado a partir de una mirada, desde una enunciación operada desde la fábrica de la cultura y en un emplazamiento que sostiene resonancias con la territorialidad. Porque las múltiples formas de recordar, visualizar y experimentar son modos de agenciarse el mundo, son recortes, miradas o, más bien, fragmentos que suscitan una comprensión y una aprehensión del mundo que termina en un abordaje deslineal a lo acontecido, a lo vivido y a lo experimentado. Esas microagencias se emparentan con la idea de huella sugerida por Derrida y con la noción de pervivencia de Didi-Huberman y Benjamin, porque en su lógica de reactualización se habilita un nuevo escenario que abre la potencialidad de una emergencia inusitada.

En esas dos orillas que se unen a partir de un sentido, el cuerpo —individual, colectivo, humano y no-humano— es el campo orgánico, afectivo y simbólico que matiza todas las apropiaciones y revisiones para gestionar los sucesos del pasado, las vivencias colectivas y los discursos.

Reinaldo Ladagga (2006) en su texto *Estética de la emergencia* abre un debate interesante en relación con la gran cantidad de causas que reorientan a la cultura de finales del siglo XVIII y mediados del XIX —pensada como un tránsito osado, inevitable o sugerente— y que entiende como una «fase de emergencia de esa configuración cultural» (Ladagga, 2006, p. 7). Proponemos que, trasladado al presente y habitado por un repertorio inagotable de sentido, esa reorientación cultural e intercultural propuesta por Ladagga sigue latente. En este libro se evidencia a través de las recuperaciones de voces, dispositivos y materias emergentes.

Por otro lado, Raymond Williams abreva sobre tres ideas nodales que sugieren, como marco de referencia, un elemento detonador que signó la búsqueda de este libro. El historiador galés analiza los conceptos de *dominante*, *residual* y *emergente* como parte de todo proceso cultural verdadero. «Por ‘emergente’ quiero significar, en primer término, los nuevos significados y valores, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente» (Williams, 1977, p. 140).

La palabra emergencia destella la acción inmediata de atender algo urgente. Del latín *emergens* —y aunque su condición se suscribe a la caracterización o la adjetivación— es el acto de emerger, de irrumpir, de aflorar, de surgir por un intersticio, como la luz.

Para nosotros este libro es una luz que participa en la emergencia de aquellas memorias urgentes, disidentes, disensuales, invisibilizadas o nacientes que necesitaban de otro acervo semiótico, presente y complejo que no oblitere el impulso de un debate crítico sobre ellas. Sostenemos que en lo marginal, lo accidental y lo que está en los pliegues, existe un hilo dinámico que desensambla y desune ese campo de la memoria

anclado al territorio dominante, estático y hegemónico. Darle un giro a los procesos de las memorias contemporáneas podría erigirse como una estrategia disidente que encare, reelabore y desestabilice las problemáticas severas —desigualdades, exclusiones, colonialidad, dominación— que se replican a través de dispositivos contrafuncionales, de representación y de discontinuidad, enmascarados por el paradigma ciberfetichista del posfordismo (Rendueles, 2013) que elude las urgencias y las luchas actuales.

Aquí, el punto de partida para la reflexión tiene que ver con la forma de producir en un momento de tránsito, con el surgimiento de fricciones para el reordenamiento y diagnóstico de lo residual, lo dominante y lo emergente —recuperando a Raymond William—.

Este libro colectivo tiene un carácter interdisciplinario que invita al diálogo entre campos de conocimiento y casos de estudio, ya que nosotros encontramos en la riqueza de los cruces, las yuxtaposiciones y la hibridez esos territorios para la disputa, la lucha y el reordenamiento de los sistemas normativos. Esa articulación temático-metodológica y las tres líneas que lo estructuran han permitido un análisis vasto que trasciende las fronteras disciplinares posibilitando abordajes complejos que amplían las problemáticas contemporáneas. Estos tres ejes temáticos, en los que las y los autores reflexionan en torno a las voces, los dispositivos y las materias, son dimensiones de una gramática que expande los discursos y que, generalmente, evidencian procesos de acumulación de registros de la memoria que hoy son insuficientes.

En el apartado uno que hemos titulado «Voces» se recuperan algunos temas que recogen posibilidades disruptivas que tienen que ver con el territorio como lugar donde (se) materializan representaciones e identidades, con comunidades con diversidades corporales que insisten en la escucha como práctica participativa y con instituciones, como los museos, que generan experiencias desde la curaduría y la producción de una funcionalidad del espacio que democratiza la resonancia de otras narrativas.

En el apartado dos, «Dispositivos», el énfasis está puesto en la intersección entre arte y política, en el tratamiento de los archivos y los documentos como interfaces para subvertir los discursos sobre las memorias. El caso de las escuelas, la práctica educativa y los espacios públicos, como las veredas, son esos enclaves transitables y versátiles que reinscriben las historias y las cartografías en clave pedagógica y ciudadana que parece que podrían convertirse en oportunidades alternativas frente a las gestiones institucionales.

En el apartado sobre las «Materias», la exposición de los cuerpos está acompañada del gesto de lo moldeable y lo plástico cuestionando las prácticas de clausura y extrañamiento en una actualidad que, a partir del activismo, detona reflexiones críticas acuciantes en torno a la colonialidad, al biopoder y a la liminalidad. También,

se abordan las imágenes, especialmente las fotográficas, como objetos/materia que sostienen discursos heterogéneos apoyados en la comunicación visual; asimismo, se abreva sobre las obras de arte ensambladas que a partir de la materialidad —como la huella de acontecimientos violentos, traumáticos e históricos— suscitan el agenciamiento del espacio estableciendo un diálogo —transhistórico y transgeográfico— que reúne memorias de comunidades diversas en una compartida.

En el capítulo de Iztacochitl, Adela Alarcón Romero se abreva a propósito de la construcción identitaria de una región en Oaxaca. La autora atestigua que la cosecha de la sal, u oro blanco, como lo llaman coloquialmente, permite a la comunidad resistir la acometida globalizante, invasiva y material del proyecto Rompeolas sosteniendo su identidad territorial estrechamente articulada a sus tradiciones. La voz de la comunidad de salinas, en este capítulo, defiende la relación simbólica que se ha establecido entre los salineros y el mar, evidencia el impacto devastador de algunas empresas en la región que priorizan el desarrollo económico sobre los derechos de los pueblos y sus identidades en función de las actividades que los cohesiona e impulsa.

Gabriela Alfonso Novoa, Luisa Fernanda Parada Pabón y Juliana Catalina Méndez Álvarez, en este capítulo que toma la forma de un espiral, recuperan las voces de una comunidad de adultos mayores que a través de la creación de un espacio de encuentro sociocultural favorece la inclusión desde una mirada participativa. Tomando en cuenta al adulto mayor sordo y la multiplicidad de experiencias, saberes y memorias vivas, en este texto se promueve la posibilidad de agencia de la comunidad hacia la de un cuerpo-sujeto político que apuesta por trascender las miradas biologicistas que omiten las diferencias del lenguaje. Las autoras, a través de esta investigación, abonan para sostener las experiencias de esta comunidad minoritaria como un saber fundamental para la memoria histórica de la región.

En el último capítulo de este apartado, insistiendo en la fuerza domesticadora que tendría lo pequeño, Paulina Macías Núñez cuestiona cómo en los museos contemporáneos se interpone la potencia de lo micro —suscitando la aparición de esos actos que parecen invisibles— que transforma en voces disidentes e irreverentes los discursos oficiales de los museos hegemónicos que institucionalizan las memorias dominantes. Otorgándole la legitimidad que tienen los museos como espacios que construyen memoria, Macías problematiza, con sutileza y genialidad, la forma en la que la persistencia de algunos gestos en los procesos de gestión pública, curatorial y cultural podrían incorporar otras voces que destellen transformaciones significativas en los espacios museales hasta lograr convertirlos en máquinas de guerra.

En el apartado que hemos llamado «Dispositivos», aperturando una discusión que oscila entre pensar un dispositivo en términos foucaultianos y deleuzianos, nos interesa detenernos en esa capacidad que tendría un dispositivo para operar en pos de subvertir mecanismos de poder. En «Memoria, archivo y subversión. El activismo

documental y las políticas-estéticas de la memoria», Joaquín Barriendos propone subvertir al archivo mismo, desarticularlo, para posibilitar la emergencia del activismo archivístico que podría potenciar, artística y políticamente, a comunidades y memorias que permean los imaginarios sociales. A través de un análisis riguroso y pertinente, Barriendos traza un hilo que articula archivos, activismo documental, políticas curatoriales y afectos, recuperando una exposición —un caso de estudio de Forensic Architecture— que desmitifica la no neutralidad de los archivos ni la imparcialidad política de los mismos, insistiendo en convertirlos en estéticas-políticas de las memorias.

Romina Soledad Bada, en su texto sobre las voluntades pedagógicas en las escuelas, realiza un análisis cualitativo para aproximarse a la apropiación que las y los profesores de tres escuelas secundarias realizan del pasado reciente en su práctica docente diaria. Este acercamiento, a través de entrevistas y observación en el aula, dan cuenta, para Bada, del modo en el que la transmisión de la historia tiene una repercusión en la identidad colectiva. El caudal de experiencias personales y colectivas en torno a la última dictadura cívico-militar en Argentina teje ese entramado de sentido que se vuelca en el aula e incide en la forma en la que los docentes se apropian del pasado reciente, lo convierten en memoria y lo transmiten.

Por otro lado, Aurélia Gafsi en «Cuando las veredas hablan. Baldosas blancas de la memoria: hacia una cartografía de la memoria platense» nos presenta una iniciativa que pone, literalmente, a ras de suelo el deber de la memoria del pasado de la última dictadura cívico-militar en la Argentina. El texto de Gafsi muestra la potencialidad que tienen las huellas, las baldosas como dispositivos que hacen aparecer la memoria y como engranaje que hace emerger esos cuerpos ausentes visibilizándolos en el espacio público. Ella pone un énfasis especial en cada una de esas baldosas, las llama vehículos de memoria, como materialidad que activa la presencia de los desaparecidos apelando a un discurso que se inscribe en una dimensión simbólica que encontraría en el recorrido de estas huellas una reescritura sustancial del pasado reciente.

En el último apartado del libro, «Materias», queríamos abordar y despertar, un poco desde la teoría de los nuevos materialismos de Karen Barad, Jane Bennett y Rosi Braidotti, las condiciones de posibilidad que tiene la materia como sujeto con agencia para validar la emergencia de memorias completamente nuevas. En este sentido, el capítulo de Albeley Rodríguez Bencomo en torno a la producción artística de Daniel B. Coleman, creador para quien el cuerpo propio deviene materia en la que se encarnan conflictos del pasado que se proyectan en el presente, comienza con una reflexión rica y precisa sobre las posibilidades corporales y artísticas indagando en la construcción de las subjetividades y realizando una álgida crítica que debate sobre la racialización, la transmasculinidad y el colonialismo. La autora convierte a Coleman en un cuerpo-actante que, a través de la recuperación de su práctica artística y la sobreexposición de su subjetivación performática, suscita una tensión necesaria y desobediente para

transitar hacia otra subjetividad de los cuerpos, de los afectos y sobre todo hacia la desbinarización epistémica.

También, Cristina García Martínez se interesa por la materialidad de la imagen como soporte de un discurso contrahegemónico para el caso del conflicto colombiano ilustrando, en particular, las transformaciones del humanitarismo contemporáneo en la región del Chocó. García Martínez abreva a propósito de cómo las organizaciones locales, sobre todo de mujeres, lideran movilizaciones a través de las imágenes fotográficas de registro documental rearticulando la autorrepresentación y los modos de ver de las mujeres chocoanas. La apuesta es reconstruir narrativas visuales que se convierten en representaciones en donde la autora apela a esta *memoria del hacer* como el subterfugio insurgente y contrahegemónico del discurso humanitario.

Finalmente, Samuel Lagunas Cerda y Eva Fernández proponen una reflexión brillante en torno a la materialidad de las imágenes y a su capacidad agencial de producir memorias que, lejos de presentarse como algo inerte, emergen como un artefacto vivo y dinámico. Recuperando conceptos clave desde el giro afectivo, los nuevos materialismos y la teoría de la imagen, los autores provocan una reflexión que circula desde las reelaboraciones, los ensamblajes y los enclaves analizando la obra y la exposición del artista chino Ai Weiwei en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo de México. A partir de los gestos, como una suerte de conciliación entre objetos, afectos, espacio, historia, agencia y afectación, Lagunas y Fernández insisten en que la materia como actante resignifica y promueve la posibilidad de imaginar y operar otros futuros que podrían habilitar discursos reverberantes y potenciales sobre las memorias contemporáneas.

El recorrido de este libro, para nosotros, ha sido una camino iluminador e inacabado para repensar las memorias. Porque ellas están circunscritas a los imperativos contextuales, a las situaciones políticas, culturales, ecosistémicas y artísticas del momento, así como a las y los sujetos, objetos u organismos colaborativos que las sostienen. Sin embargo, no obliterar sus posibilidades fehacientes de acción, en circuitos locales, comunitarios o institucionales, a la luz de albergar su potencial capacidad de acción en las sociedades contemporáneas, activa sus condiciones performáticas ampliando su estudio, historización y trayectoria en el ámbito latinoamericano.

Queremos agradecer, fundamentalmente, a las instancias institucionales que promueven el intercambio académico y el trabajo colaborativo que ha permitido que este libro sea coordinado desde dos puntos geográficos diversos. A la Universidad Autónoma de Querétaro, Facultad de Filosofía y Laboratorio de Investigación y Producción Visual del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias. A la Université Paris 8 Saint-Denis y a la financiación aportada por su Laboratoire d'études romanes.

A todas y todos los colegas que evaluaron y dictaminaron cada capítulo con rigurosidad y compromiso posibilitando que este libro cumpla con una revisión exhaustiva

de pares ciegos: Dra. Alejandra Díaz Zepeda, Dra. Ana Bugnone, Dr. Alejandro Vázquez Estrada, Dra. Pascale Thibaudeau, Dr. León Felipe Barrón Rosas, Dr. Brice Chamouveau, Dra. Moira Cristiá, Mtra. Ana Cecilia Figueroa Velázquez, Dra. María Paula González Morena, Dr. Bruno Hervé Huamani, Dra. Kalinka Mallmann, Dra. Haydee Marisela Mora Amezcúa, Dra. Ilse Mayté Murillo Tenorio y a la Dra. Nadia Tahir.

A nuestros afectos, familia, hijos y colegas que acompañan en los proyectos académicos y editoriales dedicando palabras oportunas, cuidado, escucha, tiempo y apoyo.

Querétaro, México, y París, Francia, 17 de noviembre de 2025